

LA TORMENTA

No quiero seguir.

Me encuentro en el océano, inmenso y resistente, a la vez que interminable. Al principio, el sol refleja en el agua cristalina y me veo a mi misma: felicidad. Pasan las semanas y el sol sigue iluminando con gran potencia, aunque alguna nube se acerca sigilosamente para ensombrecer mi presencia. Intuyo que son pasajeras. El tiempo me desvela que, de hecho, aquellos nubarrones cada vez son más grandes y grises y empiezan a caer unas ligeras gotas. La tormenta es evidente pero mis ojos vendados por el amor no pueden observar las cortinas de lluvia que el viento trae. Empiezo a remar para huir del temporal, pero mi esfuerzo resulta en vano, ya es demasiado tarde. Las olas moradas y densas van dañando mi barco y el exterior se va deteriorando. Yo intento disimular poniendo unos parches por encima para que nadie se dé cuenta. Empleo todos mis esfuerzos en escapar, pero no puedo sola. Me resulta imposible pensar que en algún momento llegaré a mi destino: tierra firme. Siento los brazos pesados, las piernas cansadas, la mente en blanco y el corazón vacío. Y así, me dejo arrastrar por la corriente hasta que la tormenta me consume. Solo si alguien rema conmigo en la misma dirección seré capaz de volver a la vida, la cual no consigo recordar. Al fin y al cabo, es paradójico que algo tan bello como el océano se pueda convertir en mi mayor pesadilla cuando el temporal me visita cada día, haciendo que mi barco se hunda poco a poco.

Ya no puedo seguir.

IZARBE SALAZAR PALAZÓN

ZARAGOZA